

La ética del psicoanálisis: una ética a preservar.

“El psicoanálisis es quizás una moda, una moda en primer lugar científica que concierne a las cosas referidas al sujeto. Sin embargo, se volverá algo cada vez más útil de preservar en medio del movimiento cada vez más acelerado en que entra nuestro mundo”

Mi Enseñanza, Lacan (1967)

Sabemos que el psicoanálisis ha sido cuestionado desde siempre, incluso desde su misma fundación, naciendo como una teoría revolucionaria para su época.

En la actualidad, nos encontramos una vez más con la necesidad de demostrar su eficacia frente a disciplinas que prometen eficiencia absoluta de felicidad ilimitada con la ilusión de completud, intentando desterrar cualquier padecimiento posible.

Entonces, se nos hace imprescindible preservar nuestra ética, ética que asienta su lógica en la falta. Nuestro quehacer apuesta a una práctica, en la que el sujeto, se dé la oportunidad de encontrar “un saber hacer allí”, con sus síntomas y sus goces.

Para poder pensar en preservar nuestra ética, es fundamental definir de qué ética se trata.

Lacan en el Seminario VII (1959) delimita a qué ética debemos remitirnos en el psicoanálisis.

En primer término, nos plantea la cuestión de “la falta”:

[...] “¿Cuál es esa falta? [...] Seguramente distinta de la que comete el enfermo para castigarse o que lo castiguen” [...]

En este pasaje Lacan diferencia la falta estructurante de aquella que en la religión llama al castigo, y al mismo tiempo las vincula, se pregunta retóricamente si esta falta no es aquella que Freud ubica como causa de la construcción de la cultura: el asesinato del padre.

Lacan encuentra que lo atractivo de la falta está en su función fecunda en el deseo, en tanto causa.

Nos invita a pensar nuestra práctica, dejando de lado los ideales:

- La genitalización del deseo.

- El ideal de autenticidad y armonía por lo acabado.

-El ideal de la no dependencia.

Nos propone dejar el camino hecho de buenas intenciones, ya que la lógica del psicoanálisis rehúsa la búsqueda del bien, el analista se excluye como sujeto dejando afuera sus ideales, para hacer emerger allí al sujeto en toda su singularidad.

Si bien señala con absoluta contundencia lo importante de ubicarnos en el contexto epocal, sostiene la indicación clínica de no responder a la demanda de nuestros analizantes, de manera tal de no adulterar cierta verdad inconsciente, que esta ignora, a la vez que despliega.

Esta posición ética se distancia notablemente de una posición moral, que intentaría culpabilizar o desculpabilizar, o bien premiar o castigar.

Desde nuestro punto de vista es la compulsión a la repetición y ese Real que vuelve siempre al mismo lugar, tal como lo define en la Tercera: *“Lo que se pone en cruz ante la carretera, lo que no deja nunca de repetirse para estorbar ese andar”* (Lacan, 1974) , ese Real, que conduce la mayoría de las veces, a los síntomas que producen tanto padecimiento y muchas veces a goces paralizantes.

Actualmente muchas son las terapias, psicoterapias, consejos conductuales, energéticas, místicas, y creencias varias que apuntan a desterrar la falta apoyándose en la ciencia, que intenta masificar los síntomas y por lo tanto nos proporcionan o bien soluciones farmacológicas o bien tips que dan respuestas unívocas e universales, echando por tierra la subjetividad.

[...] Resulta a veces singular ver... no sé qué vértigo invade, ante lo que les ofrece nuestra experiencia, a quienes se ocupan de nuestra reflexión moral en los medios religiosos. Es llamativo observar cómo ceden algo así como la tentación de un optimismo que parece obsesivo hasta cómico, al pensar en una reducción de la morbidez podría conducir a una especie de volatilización de la falta” (Lacan, 1959)

Esta cita textual del Seminario de la ética no hace más que corroborarnos el riesgo al que nos someten ciertas políticas que aplastan y obturan la falta como causa del deseo.

El uso indiscriminado de gadgets, como ya lo había anticipado Lacan, va aislando al sujeto del lazo social y restringiéndolo a un goce cada vez más autista, virtual y descarnado.

Retomando la idea inicial planteada en el epígrafe, Lacan describe al psicoanálisis como una moda que paradójicamente debemos preservar ya que se vuelve cada vez más útil.

En el Seminario “La lógica del Fantasma” en la clase del 10 de mayo de 1967, haciendo una alusión a la frase de Freud: “la anatomía es el destino”, [...] dirá: “No digo la política es el inconsciente, simplemente el inconsciente es la política”[...]

Esta política consiste en percatarse de cuál es la articulación lógica del sujeto con la demanda del Otro.

La dirección de la cura está indicada por un pilar y faro que es el inconsciente, allí apunta la estrategia y la táctica del analista: “donde eso era, sujeto del inconsciente debe advenir”

Esta política se diferencia de otras que intentan aplastar, suprimir el síntoma.

Descifrar allí cuando un sentido aparece desplazado o condensado, construir cuando un fantasma fracasó en su armado o bien se desmoronó ante un Real, inventar como sucede en algunos fenómenos donde no hay letra a la que un significante refiere son intervenciones posibles del analista, frente al que está pensando en demasía.

Es también una política que apuesta a armar un síntoma, allí donde solo podían aparecer severas inhibiciones o angustias en el colmo.

Sólo a modo de ejemplo a través de una breve viñeta clínica intentaré mostrar la importancia de preservar nuestra ética y lo fundamental de sostener nuestra política.

Hace unos meses recibí una consulta de una joven que llega con un síntoma muy concreto y definido que la interroga a ella a través de sus familiares cercanos, quienes le señalan que debe consultar: una tos permanente y persistente que tanto en su período de vigilia como de sueño la perturba constantemente. (Cualquier parecido con Dora es pura coincidencia)

Tos que ella misma refiere como tos nerviosa, que se agudiza en determinados momentos, especialmente en los que se siente expuesta, sobre todo cuando tiene que rendir exámenes en la facultad, que dicho sea de paso estudia dos carreras simultáneas.

Advierto que durante las entrevistas preliminares le es muy difícil sostener los días y horarios combinados por ambas, por lo que me pide cambiarlos, sustituirlos, modificarlos en cada encuentro, incluso intercambiando lo presencial y lo virtual alternativamente.

Contradictoriamente dice que se preocupó siempre se centró en ser “prolija”, aunque finalmente no lo consigue y su vida es un “gran compendio de desprolijidades”

Relata que en su familia ocupó el lugar de “la oveja negra” “la distinta”, si bien su crianza fue en una familia de clase media, sus padres no tenían una inclinación intelectual, ni artística, sin embargo ella se sintió, desde pequeña, atraída por los libros como así también por la curiosidad hacia lo artístico, idealizando a la familia de su mejor amiga, a quienes según ella le debe su elección actual de sus carreras universitarias : de letras , cine y artes visuales.

Refiere con detalle sus diferentes y superpuestas elecciones sexuales: “estuve de novia con un chico, después lo dejé y estuve con alguien ‘no binario’, ahora con una chica, que a su vez si bien rompí con ella, seguí coqueteando con la anterior” y así infinidad de superposiciones inconclusas.

Superposiciones y *desprolijidades* de elecciones que desembocan en una tos persistente y molesta que interrumpe de día y de noche. Síntoma en el que confluyen voz y mirada para hacerse ver y oír.

Sintiéndose siempre insuficiente para los demás, con su tos interrumpe su voz que no puede desplegarse a pleno, sino con un deseo superpuesto e interrumpido, deseo que se ahoga a sí mismo.

Por otro lado también trae a colación un rasgo identificatorio con su padre, un fumador empedernido. Esto se ve reflejado en el entramado de su fantasma de ‘la oveja negra’, ‘la distinta’. Se evidencia como consecuencia una angustia constante velada en su síntoma.

En nuestra ética la pregunta vertebral se hace presente: ¿Has actuado conforme a tu deseo?

¿Qué lugar para el deseo cuando se intenta mediante tantas superposiciones abolir la falta? Cuando la falta no falta y no renunciar a ninguna opción es la raíz de su goce, el síntoma se presenta con toda su potencia.

No hay otra alternativa que hacer explotar el síntoma, no acallarlo. Allí sin prisa, pero sin pausa, iremos bordeando sus circuitos pulsionales y daremos las vueltas que los significantes nos permitan para que advenga un sujeto deseante.

Si bien la angustia apremia, lejos de suprimir rápidamente el síntoma a través de una consulta médica, empieza, transferencia mediante, a implicarse subjetivamente. De esta manera logra reconocer que siempre hace lo mismo: dejar una vela encendida por miedo a quedarse sin el pan y sin "la torta".

Nuestra tarea estará dedicada a trabajar con la verdad singular de cada sujeto marcada por sus significantes.

La ética del psicoanálisis sostiene que "el analista conduce la cura, no al paciente", así lo dice Lacan (1958) en La Dirección de la Cura y los Principios de su Poder.

Por un lado, el sujeto debe vérselas con la particularidad de la posición en su determinismo lógico inconsciente y por otro, transformar su objeto en objeto causa, no es menudo trabajo.

Nuestra oferta de transitar dichos laberintos implica, en términos de la ética psicoanalítica, hacer posible poner en juego el deseo.

Claudia Messer

Referencias Bibliográficas

Lacan, J. (1959-1960) Seminario VII - "La ética del psicoanálisis", Paidós, Buenos Aires, Argentina.

Lacan, J. (1966) Escritos 2, Siglo XXI, Buenos Aires, Argentina.

Lacan, J. (1966 - 1967) Seminario XIV - La lógica del fantasma, GAMA, Buenos Aires, Argentina.

Lacan, J. (1967) Reseñas de enseñanza, Manantial, Buenos Aires, Argentina.

Lacan, J. (1988) *Intervenciones y Textos*, Manantial, Buenos Aires, Argentina.